



LAS TRIBULACIONES D

El nombre de Thomas G. Buchanan tuvo en España una gran resonancia como consecuencia de unos reportajes analíticos, minuciosos, acerca del asesinato de Kennedy, artículos que se publicaron en TRIUNFO a partir del 14 de marzo de 1964. Le presentábamos en aquella ocasión diciendo que no era un escritor intuitivo; podemos volverlo a repetir ahora al iniciar la publicación de unos artículos sobre la vida americana. Tras largo tiempo —vive en París— vuelve a Estados Unidos: lo que encuentra allí es lo que relata. Buchanan, excelente escritor y periodista, es también un hombre de ciencia, un matemático que ha dirigido un equipo de ordenadores electrónicos. Durante la guerra ha sido capitán de Artillería en el Ejército de Estados Unidos; es también novelista, y uno de sus libros, "El unicornio", publicado en 1960, fue considerado por el "Times" de Nueva York como la mejor novela de aquel año. Vive habitualmente en París y publica sus trabajos en prensa europea: sus escritos son tal vez demasiado agresivos para los editores de su país. Así le pasó con el informe sobre el crimen de Dallas. El relato de su regreso a Estados Unidos, las impresiones que ha recibido, reúnen una serie de valores: desde la contemplación de lo que ha sido de los personajes rebeldes de otros tiempos a la descripción de una sociedad dura y peligrosa: hasta la última impresión del enfrentamiento entre Carter y Reagan para la Presidencia.

E UN AMERICANO EN AMERICA

THOMAS G. BUCHANAN

EN la década que ha transcurrido, desde que tuve el honor de aparecer en TRIUNFO por última vez, muchas estrellas han desaparecido y otras muchas han aparecido. Es difícil encontrar nuestro camino bajo las constelaciones desconocidas.

Un americano que vuelve a su país de origen —lo que yo hago de vez en cuando, aunque vivo en París— tiene la sensación, más que cualquier otro extranjero que venga de visita de ser un extraño en una tierra extraña, distinta de cualquier país en el que haya vivido alguna vez, ya que es el único que está cualificado para ver los cambios que los nativos dan por sentado, mientras que los turistas no tienen ningún punto de referencia para medir el grado de transformación.

Empieza en el momento en que se llega a Nueva York. La primera vez que un turista ve el perfil que ofrece Manhattan, se siente impresionado. Tiene una cierta belleza fría y gris, y el turista empieza a hacer fotos. El americano que ya ha visto este perfil muchas veces observa que no ha habido ningún cambio importante bajo el cielo, pero que las calles están llenas de basura sin recoger. Que tienen más polución que nunca. Es la primera impresión.

Tomando una habitación en un hotel, espero hasta que el guía de un grupo organizado haya registrado a los turistas alemanes que lleva. El es alemán también, pero habla inglés casi perfectamente —mejor que el recepcionista, que tiene un marcado acento—. Más tarde descubro que el recepcionista es libanés. Sólo lleva unos cuantos años en los Estados Unidos. Me cuenta que vino aquí después de los "sucesos". Dice que es cristiano.

Pago 47 dólares —"sin incluir el desayuno"— por una habitación de segunda en un hotel de segunda, y entro al ascensor con mi maleta, estrujándome entre cinco alemanes y una pasajera de origen indeterminado. El ascensor para. La dama intenta en vano abrirse camino para salir, está atrapada por los cinco turistas alemanes. Con mi galantería habitual, aunque no es ni muy joven ni muy guapa, salgo primero del ascensor para que pueda arreglárselas para salir de él. Un turista alemán aprovecha la oportunidad para apretar el botón y la puerta se resiste implacablemente a mis esfuerzos desesperados por volver a ocupar mi sitio dentro del ascensor. Puedo oír a los turistas alemanes reírse cordialmente, encantados de encontrarse solos juntos, mientras suben a gran velocidad a los pisos de arriba en tanto que, como mi desdichado país, espero con ansiedad que vuelvan a mandar el ascensor al piso donde me han dejado.

Supongo que habrán venido a los Estados Unidos a comprar una fábrica o dos. El "milagro económico" de los últimos años ha tenido lugar, por supuesto, en los dos países que perdieron la segunda guerra mundial: Japón y Alemania. Al principio, para evitar el crack económico que se habría producido por el ex-

ceso de capacidad industrial creada en los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial, prestamos dinero a nuestros antiguos enemigos y aliados para que pudieran comprar nuestros productos excedentes. Los contribuyentes americanos financiaron los beneficios obtenidos por las exportaciones americanas. Los fabricantes americanos pronto se dieron cuenta de que podían obtener mayores beneficios si abrían sucursales en ultramar, reduciendo los costos del trabajo y del transporte, e hicieron sus mayores inversiones en los países derrotados, donde las industrias estaban parcialmente destruidas por los bom-



Thomas G. Buchanan.

bardeos de la guerra. De esta manera, los alemanes y los japoneses pudieron reponer su anticuado equipo industrial de antes de la guerra con la tecnología más moderna y avanzada de los Estados Unidos. Pronto estaban sobrepasando la producción de las "naciones vencedoras", tales como Inglaterra; gracias a los costos más bajos y a la igualdad de la productividad, estaban compitiendo por todo el mundo en igualdad de condiciones con los Estados Unidos; después empezaron a invadir el mercado nacional de los Estados Unidos —primero vendiendo a precios más bajos que los fabricantes nacionales; luego, para dejar de lado los aranceles aduaneros elevados que los fabricantes y las uniones de trabajadores ha-

bían conseguido, comprando o construyendo fábricas en los mismos Estados Unidos y empleando mano de obra americana para un patrón japonés o alemán—. Por lo tanto, el ciclo ahora se encuentra en su fase final. El Plan Marshall está funcionando en sentido contrario. Cuesta menos ahora emplear a un trabajador en los Estados Unidos que en Alemania Occidental o en Suecia...

Todavía estoy esperando que vuelva mi ascensor, pero me canso de esperar y empiezo a subir por la escalera, donde me encuentro con una camarera. Le pregunto dónde está mi habitación, pero se encoge de hombros. Todas las camareras de este hotel son puertorriqueñas. La mayoría de ellas no hablan ni una palabra de inglés y no pueden comunicarse con los huéspedes a no ser que por casualidad sean españoles. Sólo llevan unos cuantos años en los Estados Unidos y no han aprendido a hablar el idioma. Hace veinte años, las camareras habrían sido negras. Empiezo a sentir nostalgia de las camareras de color del hotel —quizá para siempre—. Ellas, por lo menos, hablaban inglés. Se les podía preguntar algo. ¿Qué suponen ustedes que ha sucedido con ellas? Quizá ahora estén en los pisos superiores, con los alemanes.

Completamente solo y sin ayuda, consigo encontrar mi habitación y pongo la televisión. Ahí están mis amigos los negros, quiero decir, mis amigos de color. Desde la muerte de Martin Lutero King ha aparecido otra generación que argumenta que el contrario de "blanco" es "de color", y cualquier otro término es "racista". Ahí están mis compatriotas, los primeros americanos que yo he visto desde que aterricé en Nueva York. ¡Están hablando en inglés! Me encuentro más tranquilo cuando veo todas esas caras de color en la pantalla de televisión. Entonces, de repente, me doy cuenta de que algo va mal. Es el mismo programa que recuerdo de los años sesenta: una de esas "comedias nacionales" en las que el padre es uno de esos empleados de clase media que tienen constantemente problemas con su jefe, sus vecinos y sus hijos, pero su mujer, que tiene más tacto y es más inteligente que él, se las arregla para salvarle de las consecuencias de sus actos. Sólo una cosa ha cambiado; los actores de este programa son, ahora, todos de color.

No, no puedo creerlo. Si volvemos a la época heroica del movimiento en favor de los derechos de los negros (del cual yo era un líder), todos los programas de televisión tenían un actor —pero sólo uno—, cuya cara era negra y que poseía todas las virtudes. Ya no era el fiel sirviente que cantaba "Old Black Joe", como en los tiempos de la segregación racial. Era joven, inteligente, atlético, tenía su carrera de Derecho; citaba a Hegel y a Spinoza; es el que salvó al país cuando los espías rusos estaban torturando al famoso científico para enterarse del secreto de nuestra nueva arma defensiva. Yo estaba acostumbrado a ver una cara negra entre los actores, pero no estaba ▶

LAS TRIBULACIONES DE UN AMERICANO EN AMERICA

acostumbrado a ver programas en los que no aparecía ni una sola cara blanca. Ahora hay una clase media negra. Los anunciantes patrocinan los programas de televisión que ponen la mira en este nuevo mercado. El 20 por 100 de la población negra de Estados Unidos gana ahora más que la mayoría de los blancos. Es decir, diez veces más de los que había en 1950 —pero todavía queda un 80 por 100 a los que la televisión incita a comprar cosas que ellos no pueden pagar—. Cada noche, sin embargo, se les enseña. Y en proporción hay más jóvenes negros que blancos en las Universidades subvencionadas hoy en día por los impuestos, pero el 40 por 100 de la juventud negra está sin trabajo en la mayor parte de las ciudades de Estados Unidos. Están viendo el mismo programa de televisión...

Recuerdo que le prometí a mi mujer que le enviaría un telegrama en cuanto llegase a Nueva York. Mi mujer es francesa. La última vez que estuvimos juntos en los Estados Unidos nos contaron tantas historias del peligro que corrimos, cada vez que salíamos a la calle de noche, que ella está convencida de que no se está a salvo aquí, en Nueva York. ¡Pobre mujer! Será mejor que la tranquilice. Decido preguntarle a mi amigo libanés, el recepcionista, la dirección de la oficina de la Western Union (telégrafos) (1) más próxima que esté abierta a estas horas de la noche, ya que son casi las diez de la noche. Ha sido sustituido, sin embargo, por el conserje de noche, que habla inglés perfectamente —con demasiada perfección, es evidente que acaba de llegar a los Estados Unidos—. No ha aprendido nuestro idioma. Dice que nació en Pakistán, pero que vivió en Inglaterra hasta hace unos meses. Su oscura piel le hizo sufrir el creciente racismo británico y tuvo que abandonar el país. Me pregunta amablemente si es "indispensable" que envíe el telegrama esta noche. Señala cuidadosamente el camino que tengo que seguir. Debo permanecer en Broadway el mayor tiempo posible sin meterme por bocacalles. No debo de llevar mucho dinero encima ni demasiado poco, tampoco, ya que si mis agresores no encuentran nada en mi cartera pueden enfadarse... y especialmente si son adictos a las drogas y necesitan desesperadamente una "dosis" ahora.

Me pongo valerosamente en camino por Broadway, un remanso seguro... y lo encuentro ocupado por pequeños grupos de negros y pequeñas mesas plegables colocadas en la acera y en las cuales están entregados a varios juegos de azar legales. No se asemejan, ni en su vestimenta ni en su actitud, a los negros pertenecientes a la Mayoría Silenciosa que acabo de ver en la pantalla de televisión, y continué discretamente mi camino. Cuando llego a la esquina de Broadway con la 42, veo a los dos primeros hombres blancos: dos enormes policías blancos con una soberbia musculatura se encontraban de pie el uno junto al otro bajo las luces de neón, lo más lejos posible de las sombras oscuras de las bocacalles. Los dos van armados hasta los dientes y dispuestos a oponer resistencia si alguien les ataca. Sigo mi camino y llego a la sórdida oficina de la Western Union, cruzo el suelo lleno de coli-

llas de cigarrillos. Con la protección de un policía negro, compongo mi telegrama para decirle a mi mujer que estoy a salvo, y lo deslizo por debajo de la protección antibalas del empleado de turno —que también es negro—. Me devuelve el cambio, le doy las gracias, pero no contesta. Deja caer de golpe la ventanilla y le echa el cerrojo.

Vuelvo a la habitación de mi hotel, pasando por delante de los dos policías blancos bajo las luces de la calle 42 y paso por delante de los jugadores silenciosos entre las sombras; me doy cuenta de que las luces de esta manzana son débiles —aquí en Broadway, tiempo atrás sinónimo de iluminación—, porque alguien ha roto las farolas de la calle. ¿Qué pasaría si las luces se apagasen por completo? No hace falta que conteste a esta pregunta. Ya ha sucedido una vez con anterioridad, aquí, durante el histórico apagón de Nueva York, cuando no había absolutamente ninguna luz eléctrica, hubo aquella noche un millón de saqueadores en las calles. Algunos entraban en los almacenes y robaban, otros compraban a precio de ganga lo que otros ya habían robado, algunos simplemente rompían las cosas que no querían o que no podían llevarse. Y en Baltimore, donde yo nací, ocurrió lo mismo el año pasado: simplemente porque hubo una tormenta de nieve y los coches de Policía no podían circular, 500 almacenes fueron saqueados en una sola noche, con pérdidas que excedieron los treinta millones de dólares. Una elevadísima proporción de la población participó activamente en el saqueo, e incluso tenían un radio pirata para dirigir sus operaciones, diciéndoles dónde se podían encontrar los diferentes tipos de mercancías que se estaban robando...

Mientras camino por Broadway, soy el único blanco que anda por la calle, y esto no es Harlem. No, es un vecindario en el que los blancos sobrepasan en número a los negros por cinco a uno durante el día. Pero me siento como si fuera un miembro de un ejército invasor en un país extranjero, que controla las principales vías de comunicación, pero que se ve obligado a defenderse con barricadas por las noches en unos cuantos puntos fuertes. Como los rusos en Afganistán, por ejemplo. Espero oír a alguien decirme con cólera, "¡Yanqui, vuelve a casa!". Entonces recuerdo que no tengo ningún lugar donde ir. Estoy en casa.

Un enorme "West Side Story"

Cualquier cosa que se diga de los Estados Unidos no importa, lo contrario también es cierto. Cuando se cruza la calle 42 en Broadway por la noche, se tiene la impresión de que una guerra racial está a punto de estallar en cualquier momento; que Nueva York tiene el aspecto de un enorme "West Side Story" en el que las pandillas de origen étnico rival están dispuestas a enfrentarse las unas con las otras; que el "crisol" en el que dicen que se mezclan los americanos, no importan de donde sean, no es más que un mito; que los Estados Unidos no existen simplemente una hipótesis geográfica.

Después, a la mañana siguiente, se sale a la calle y se ve a los blancos y a los negros, cogidos del brazo, riéndose y, aparentemente,

muy buenos amigos y socialmente iguales... y esto, además, es cierto. Cuando yo crecí en los Estados Unidos, no existía esta fraternidad —tampoco había tanta violencia y tanto odio, aunque sólo es una minoría en cada lado de la barrera racial la que odia a los otros—. Pero la barrera es más pequeña de lo que era antes, y de esta manera la posibilidad de contacto es mayor. Y también mayor la posibilidad de conflicto. Los Estados Unidos son más dinámicos, pero donde quiera que hay movimiento, hay fricciones. Esto no sólo es cierto en Nueva York, sino en los principales centros urbanos de América que he visitado en los últimos años, y esto no sólo es cierto para los negros, sino para todos los otros sectores de la población que fueron perseguidos en el pasado y que todavía hoy lo están, aunque su situación haya mejorado actualmente.

En los centros urbanos de los Estados Unidos ha sucedido todo lo contrario de lo ocurrido en la mayoría de las ciudades europeas. Sin lugar a dudas, París es el mejor ejemplo de una expulsión deliberada de la clase trabajadora a la periferia, mientras que el centro se reserva para los que pueden pagar rentas elevadas. En América, actualmente, los pobres ocupan el centro de las grandes ciudades y los ricos viven en la periferia. Esto se debe, en parte, al fenómeno del "edificio-compartido" (2) que empezó después de la segunda guerra mundial y que se aceleró con las leyes antisegregacionistas que siguieron. Hasta entonces, en las ciudades como Washington, la capital de los Estados Unidos, las poblaciones no estaban mezcladas. Los negros se concentraban en un vecindario único. Los blancos más pobres vivían en la zona más próxima a este "ghetto", haciendo de amortiguador para evitar todo contacto entre los que vivían dentro de él y los blancos más ricos que vivían en una serie de círculos concéntricos, a una distancia del "ghetto" proporcional a su riqueza. Este tipo de segregación racial, de modelo feudal, es incompatible con la extensión del sistema capitalista a todos los sectores de la población. Después de la segunda guerra mundial fue abolido —en parte como respuesta a la presión política de los votantes negros, en parte como consecuencia de las operaciones de los especuladores que actúan como respuesta a las leyes económicas—. El índice de crecimiento de la población es mucho más elevado en los vecindarios negros que en los blancos, debido al uso frecuente de los anticonceptivos por las mujeres blancas y a la llegada a los centros urbanos de una población rural, en gran parte negra, que ya no podía encontrar trabajo en las granjas donde habían vivido antes. De esta manera, la demanda de casas por los apiñados negros era enorme; querían pagar precios más elevados que los de sus vecinos, los pobres blancos. Los propietarios de las casas de los vecindarios blancos estaban así tentados de venderlas o alquilarlas con un beneficio sustancioso y "romper" la exclusividad racial de un edificio que en otro tiempo había sido habitado únicamente por blancos. Los residentes blancos de las casas colindantes consideraron esto como una traición y reacciona-

(2) Fenómeno por el cual las familias negras entraban a convivir con blancos en el mismo edificio que anteriormente era exclusivo de los blancos.

(1) La compañía Western Union monopoliza las transmisiones telegráficas.



ron primero violentamente contra sus nuevos vecinos negros, para después trasladarse a otro vecindario que todavía permanecía segregado. Edificio tras edificio, así fueron avanzando los negros en todos los núcleos urbanos. Los blancos luchaban en la retaguardia, firmando "pactos" o "acuerdos de caballeros" para no vender sus propiedades a los negros (o en algunos casos a los judíos), pero el Tribunal Supremo decretó que esta clase de pactos eran ilegales. Al mismo tiempo, otras disposiciones de los Tribunales abolieron la escolarización segregada y la emigración de los blancos continuó en un esfuerzo para establecer nuevas casas caras en las áreas periféricas donde de hecho se mantenía la segregación, ya que la población negra no podía seguirles por falta de dinero.

La consecuencia de este enorme desplazamiento de la población ha sido que en los centros urbanos de los Estados Unidos viven hoy los negros y los blancos que no tuvieron el suficiente dinero para huir de la ciudad. Como quiera que los ricos viven en las zonas periféricas, es en ellas donde pagan sus impuestos. La administración municipal, por otra parte, tiene ingresos cada vez menores obtenidos de una población en continuo crecimiento. Esto explica el por qué las ciudades como Nueva York están en bancarrota, por qué las calles están sucias y por qué los servicios públicos son insuficientes. Porque los ricos vienen a las ciudades de día, ganan su salario y se marchan a casa por la noche, tan pronto como oscurece. Dejan la ciudad para los pobres, que no tienen otro sitio donde ir cuando terminan de trabajar.

Tuve una demostración particularmente asombrosa de este hecho, al segundo día de mi última visita a los Estados Unidos. Estaba en Baltimore, donde ha vivido mi familia durante los últimos doscientos cincuenta años, desde que llegaron de Escocia. Uno de ellos, Francis Scott Key, escribió "Star splanged Banner", mientras que los ingleses hacían fuego contra la ciudad; otro de ellos fue el almirante Fran-

klin Buchanan, primer comandante de la Academia Naval de los Estados Unidos, que más tarde estuvo al mando de la flota confederada durante la guerra civil. Por fin, mi abuelo fue el principal juez federal en Maryland, y su hermano fue el jefe de la Policía.

Ahora me encontraba en el centro comercial de la ciudad, en un área que había sido devastada por las luchas raciales que tuvieron lugar en muchas ciudades de los Estados Unidos cuando la población negra se enteró de que Martin Lutero King había sido asesinado. Había sido reconstruida la zona comercial a base de preciosas tiendas, en un esfuerzo para evitar la tendencia que tenían todos los grandes almacenes de trasladarse a las zonas periféricas, y que eran el orgullo de la administración municipal. Estaban destinadas a ser destruidas una vez más, sólo unos cuantos meses más tarde, durante una noche de saqueo, pero ahora todavía permanecían intactas. Eran las cinco de la tarde. Las tiendas estaban llenas de compradores en su mayoría blancos. Media hora más tarde, sin embargo, las tiendas empezaron a cerrar, instalando rejas de hierro que escondían los productos que habían sido expuestos en todos los escaparates, y los compradores empezaron a desaparecer de repente. Empecé a caminar hacia la casa de mi tía. Tiene ahora noventa y seis años y es la última superviviente de la generación de mis padres.

En ese momento estaba completamente solo, en la calle de la Catedral, en una zona residencial, pero no había ni un alma en la calle al alcance de mi vista. Ni siquiera había oscurecido todavía, pero me daba la sensación de que había un toque de queda no escrito y que yo era el único en violarlo. Podía oír a distancia las sirenas de los coches de Policía. Pasé por el monumento en honor a George Washington, regalo de hace casi dos siglos de uno de mis antepasados y desde donde se domina la ciudad. Allí hay también un pequeño parque, con una estatua ecuestre de otro de mis antepasados, dos veces mayor de su tamaño real —todavía no estoy muy seguro por qué

exactamente, ya que nunca consiguió hacer grandes cosas durante toda su vida—. La estatua siguiente —el Niño y la Tortuga— era la mía propia, es decir, que está allí porque mi madre inició una campaña para comprarla e instalarla allí. Fue hecha por un escultor italiano y, como cuando yo tenía cuatro años, mi madre pensó que se parecía a mí (el niño, no la tortuga), organizó una suscripción pública para adquirirla.

Sin embargo, nadie admiraba mi estatua. El parque estaba vacío. Eran las seis de la tarde y, normalmente, a esta hora del día, siempre había estado lleno de gente en los tiempos en que yo había estado viviendo en la ciudad. Pero hoy estaba allí solo. Continué caminando y llegué a casa de mi tía. Había un coche negro a la puerta y un hombre negro sentado inmóvil dentro de él. Cuando la sirvienta de mi tía, que también era negra, abrió la puerta, me dijo: "No pasa nada, es detective". Dijo que a menudo pasaba la noche allí, mientras construyen un edificio en la esquina, para impedir que robasen la maquinaria que se dejaba allí por la noche. Había también un vigilante para patrullar por el solar del edificio, por supuesto; pero si el hombre hubiese estado completamente solo allí, le habrían atacado. El hombre que estaba delante de nuestra casa era el que vigilaba al vigilante...

Aquella noche me había invitado un amigo a su casa. Era alguien con quien había perdido todo contacto durante aproximadamente veinte años, y después nos habíamos encontrado por casualidad en París. Había insistido en que le visitara la próxima vez que fuese a Baltimore. Me dijo que vendría a buscarme en su coche, y allí estaba en su Mercedes nuevo. Apenas podía creerlo. Era un depauperado joven judío comunista cuando yo le conocí. Uno podía contar con él para repartir panfletos, o para pegar carteles, incluso durante la era McCarthy, pero nunca tuvo mucho dinero, ya que no podía conservar su empleo. Su jefe siempre le despedía en el momento en que descubría que Willie era comunista. Empezó a tra-

LAS TRIBULACIONES DE UN AMERICANO EN AMERICA

bajar como vendedor de puerta en puerta. Recuerdo que en un momento dado vendía biblias en el "ghetto" negro. Pero tenía que haber vendido muchas biblias para haber comprado ese coche.

"¡Espera que veas mi casa!", dijo Willie con orgullo.

Atravesábamos un barrio que en un tiempo había sido judío, ya que los judíos también tenían su "ghetto". Willie me contó que, sin embargo, ningún judío con dignidad viviría ahora ahí. "Está demasiado cerca de los vecinos negros", dijo Willie. "Aquí viven ahora los judíos pobres", declaró cuando se había alejado un poco. "No son realmente pobres. Ya no hay trabajadores judíos". Parecía estar realmente orgulloso de este hecho. "Es sólo para miembros de las clases medias judías". Seguía conduciendo. "Aquí es donde se han mudado los judíos de clase alta", dijo Willie, después de haber llegado a un barrio de casas individuales en bulevares bordeados de árboles, todas ellas construidas en los últimos años. "Pero yo vivo todavía más allá", dijo Willie alegremente. "Espera y verás".

Habíamos girado por un camino particular y, enfrente nuestro, todavía oculta entre los árboles, vi el perfil de una casa. Parecía enorme, pero antes de llegar a ella Willie paró el coche y empezó a jurar. "No salgas", me rogó. "Espera que encienda las luces". Permanecí en el coche mientras Willie entró corriendo dentro de la casa. Un instante después, era como Versailles. Una docena de reflectores, esparcidos por el césped, debajo de los árboles, iluminaban la mansión de Willie. "¿Qué te parece?", me preguntó. "¡Pero espera que entre mos!". Atravesamos el vestíbulo de mármol adonde daban todos los pasillos. Su mujer estaba de pie en el vestíbulo con su madre, una anciana que me contó que una vez vivió en París, como yo, después de haber escapado de Alemania en 1933. Sus ojos brillaban, cuando hablaba de París. Entonces mi amigo indignado preguntó quién había apagado los reflectores, fuera de la casa. Su suegra admitió tímidamente que ella era la culpable de este delito. "¡Ya no hay que ahorrar luz!", dijo Willie. "Sí, ya lo sé, pero cuando estás acostumbrada se te olvida", dijo la anciana, y las luces estaban ahora también apagadas en sus propios ojos. Salí suavemente de la habitación, pero nadie parecía darse cuenta. Willie estaba demasiado ocupado enseñándome los objetos que había adquirido en su último viaje a Europa, pero yo no podía apartar mi vista del enorme cuadro del salón, que había sido realizado para él por el artista local.

Representaba a él mismo, a su mujer y a sus dos hijos, en un coche —aparentemente el que habían tenido antes del Mercedes—. Todos estaban sonrientes. Nunca había visto un retrato como ése. Me fascinó.

Me invitaron a pasar la noche allí, y me enseñaron a manejar los aparatos eléctricos de mi habitación. Había botones por todas partes. Parecía exactamente el panel de mandos del piloto de un Boeing. Me dijeron que me "sentiera como en mi casa". La verdad, no me parecía sencillo.

La marca de McCarthy

No pretendo que todos los que yo conocía, que habían sido comunistas en la época de

McCarthy, estén viviendo en mansiones como a la que me invitaron cuando fui a Baltimore el año pasado. La buena suerte que tuvo mi amigo es rarísima y yo estaba ansioso por descubrir cómo lo había hecho, pero me dijo que tenía que esperar hasta que terminara de hacer "jogging" —ya que él lo practica cada mañana—. He visto a montones de gente que practican el "jogging" en América. Nunca he visto a uno pobre. Todos los que hacen "jogging" me dan la sensación de que están intentando escapar de algo: De la muerte, por ejemplo.

Mientras mi anfitrión hacía "jogging" me dio un libro para que lo leyese. Me dijo que me explicaría unas cuantas cosas que quizá me gustaría saber acerca de él. Resultó ser la biografía de mi amigo —escrita por el FBI—. Desde que Carter fue elegido, cualquier ciudadano tiene ahora derecho a tener una copia de su ficha del FBI, y como Willie fue comunista durante muchos años, la suya es muy larga. Contiene informes de todos los agentes del FBI que habían espionado a Willie y lo último que se habían eliminado eran los nombres. Se identificaban con números, pero como muchos de ellos se habían hecho pasar por amigos de Willie, probablemente ahora sabía quiénes eran. Estos informes eran bastante exactos, pero muy aburridos. Estaban hechos por gente que tenía el carnet del partido y que asistían a las reuniones de la célula a la que él estaba asignado, pero lo más interesante que contaba era que, después de alardear que vendería una decena de ejemplares del "Daily Worker", sólo había conseguido vender tres, y había escondido en su habitación los que no había podido vender. Sin embargo, había una revelación: había tenido problemas con la Policía de Baltimore acusado de haber estafado a clientes en los vecindarios negros, a los que les había vendido mercancías que jamás habían sido entregadas. Willie nunca fue a la cárcel. Las acusaciones contra él se retiraban misteriosamente. Poco tiempo después dejó de asistir a las reuniones del partido y tomaba cada vez menos parte activa en el movimiento de izquierdas. La última anotación de la ficha del FBI era una evaluación global de la Policía de que Willie "no es peligroso, de momento".

Sin embargo, esto no explica su riqueza repentina. Willie, después de regresar, agotado, y de sentarse a desayunar, empezó a contarme cómo sucedió. Había leído en los periódicos que estaban a punto de revocar la ley contra el aborto en algunos sectores del país. Se le ocurrió que habría una gran demanda de servicio legalizado para abortar y que las mujeres acudirían de todas las partes del país a las primeras clínicas que se abrieran. Como, sin embargo, la legislación no había sido aprobada todavía, nadie en la profesión médica tenía un equipo suficiente para tratar a las posibles riadas de clientes. Así que Willie, sin más arma que su intuición, pidió dinero prestado para establecer la primera clínica para abortos, contrató al personal y empezó a hacer reservas. Afortunadamente para nuestro héroe, los partidarios del aborto ganaron la batalla legislativa y la clínica fue invadida por la demanda que Willie había previsto. Después de haber tratado los casos más urgentes, la demanda empezó a flojar, Willie vendió su clínica e invirtió sus sustanciosos beneficios en una in-

dustria que él sabía que estaba en auge: productos químicos al por mayor. Empezó reduciendo los precios para aumentar el volumen y empezó un ascenso irresistible. Ahora está haciendo negocios en Europa y África. Me explicó su sistema: se entera de qué funcionario del Gobierno tiene poder para conceder contratos en cada país que visita y le deposita un sustancioso regalo en un Banco suizo. Luego, una vez que su oferta ha sido aceptada, vuelve a los Estados Unidos y busca una compañía que pueda proporcionarle la mercancía que él prometió entregar, ya que él mismo no produce nada; no tiene ni la más mínima idea del producto que está vendiendo; actúa simplemente de agente. Funciona muy bien en África y está empezando a obtener buenos resultados en la Europa del Este. Los funcionarios comunistas tampoco son muy honrados, me dijo con cierta indignación. Dice que ahora está muy en contra de Rusia, desde que empezaron allí a perseguir a los judíos. Le pregunté si había algo en lo que todavía creyese. Lo dudó mucho tiempo: "No creo que estuviese dispuesto a vender armas a algún país que pudiera declarar la guerra a Israel", me dijo...

Willie se había descrito a sí mismo como de la "clase alta", pero yo tengo otro amigo de la misma época que, al igual que Willie, era judío comunista y que hoy es uno de la "clase baja".

Natalie ocupaba un puesto de responsabilidad en la prensa de Washington y se graduó en uno de los mejores —y más selectos— colegios femeninos de los Estados Unidos: una rara proeza para una chica judía en aquella época. Por lo general, no se conocía su adhesión al partido, basada en un deseo de justicia para los que no habían sido tan afortunados como ella. Pertenecía a una célula del partido, reservada exclusivamente para los periodistas. No tenía ningún contacto con las células que dirigían actividades comunistas "abiertas", porque todos los comunistas que se sabía que pertenecían al partido perdían inmediatamente su trabajo y la American Newspaper Guild, asociación a la que pertenecían los periodistas, no hacía nada por defenderlos. Los miembros de esta célula escribían artículos gratis para todas las publicaciones comunistas y hacían otro trabajo de acuerdo con su capacidad, pero algunos líderes del partido consideraban que tenían que hacer algo más y criticaban a estos "intelectuales" en los mítines del partido. El principal crítico era una trabajadora infatigable a la que se conocía como "Mary", quien por su devoción y buena voluntad para prestarse voluntaria para cualquier misión consiguió por mérito propio ascender en la jerarquía del partido hasta que llegó a ser la segunda en el mando de toda la región. Sin embargo, ni siquiera ella sabía qué periodistas pertenecían al club secreto del partido, cuyo único contacto era el hombre número 1. En una época en que los comunistas de Estados Unidos eran probablemente más estalinistas que los de cualquier otro partido, ella era la más estalinista de todos. Se prestó voluntaria para servir de contacto con los periodistas, para asistir a sus mítines y para asegurarse de que no se desviaran ni un instante de la línea del partido —sobre Tito, por ejemplo, ya que los periodistas estaban muy divididos acerca de la excomuniación de los camaradas yugoslavos—. Se adoptó la propuesta de Mary... y



unos cuantos años más tarde, durante las investigaciones del Congreso de las actividades comunistas en Washington, los abogados del Gobierno informaron a la prensa de que tenían un "nuevo testigo sensacional" en la audiencia pública. Era Mary. Reveló que había sido asignada por el FBI, del cual era agente, a afiliarse al partido, y había estado informando fielmente de todo lo que había observado allí durante los últimos diez años. Hacia su trabajo y podía manipular a los miembros del partido, enfrentándolos a los unos contra los otros, acusándoles de ser "antinegros", "antijudíos" o, cuando fallaba todo, de ser "antifeministas" si estaban en contra de su opinión. Mary destacó dentro de la jerarquía del partido, no desviándose ni por un momento de la "línea del partido", que en aquella época provenía directamente de los labios de Stalin. Se puede considerar como una ley —y llamémosla la ley de Buchanan— que cualquier miembro de un partido de izquierdas que nunca ha tenido ni una sola duda con respecto a la validez de una decisión de los líderes del partido, está en desacuerdo con todos ellos porque no comparte sus objetivos generales.

Natalie, por supuesto, era una de esas que Mary desenmascaró como "subversiva peligrosa". ¡Ah!, y no fue cinco años a la cárcel, como todos los líderes del partido de los años 50 —hombres como Henry Winston, el joven líder negro que se quedó ciego en prisión por falta de atención médica adecuada, o Bob Thompson, al que se le había concedido la medalla del Congreso durante la segunda guerra mundial, la más alta condecoración que un americano puede ganar en el campo de batalla—. Natalie sólo perdió su empleo —ya no volvió a encontrar trabajo—, no realmente una ocupación del tipo para el que ella estaba preparada. Han pasado ya casi treinta años y todavía sigue aceptando empleos temporales y dando clases de música para sobrevivir. Tampoco encontró nunca marido. Recientemente escribió un pequeño libro sobre la enseñanza de la guitarra para los músicos ciegos, basado

en su experiencia en este campo, pero no pudo encontrar a ningún editor que se lo imprimiese, así que lo publicó ella misma. Todavía no se ha recuperado de los gastos... Solamente recuerden esto la próxima vez que alguien les hable de los goulags rusos para los disidentes políticos. Hay otros goulags. No están todos en Rusia.

Así llegamos a Bernie, el "abogado progresista" que, como Natalie y Willie, era un judío comunista cuando McCarthy empezó por primera vez su Inquisición. Bernie no pertenece a la "clase baja". Tampoco pertenece a la "clase alta", Bernie no se mueve. Lo único que ha cambiado es la decoración de la oficina de Bernie. Ahora el suelo está cubierto de alfombras; también hay muchos cuadros abstractos en la pared. Hay una secretaria eficiente para recibir a la gente. Bernie incluso tiene un socio para ayudarlo. Le digo: "Felicitidades, Bernie, parece que tu negocio marcha bien ahora". Sin embargo, esto debería de ser lo último que se me debía de haber ocurrido decir. Bernie es el anti-Willie. Es muy sensible para estos temas. Se avergüenza de ganar dinero, lo cual es contrario a sus convicciones políticas. Es como si le estuvieses acusando de engañar. Bernie, empezó a explicarnos con indignación, se pasaba la mayor parte de su tiempo defendiendo a clientes que no podrían pagarle. No lo había dudado ni un minuto. Bernie es un abogado brillante. Una persona inteligente y cultivada con una sola obsesión: la misma que habíamos tenido todos treinta años antes, cuando éramos más jóvenes. Para estas fechas, Bernie podía haber sido millonario si hubiera querido hacer dinero: todo lo que tenía que hacer era representar a las grandes corporaciones que buscaban abogados jóvenes y brillantes que les pudieran ayudar a reducir sus impuestos. Bernie decidió representar a los inquilinos que no podían pagar la renta, a los trabajadores que habían perdido un brazo en una máquina de la que no podían seguir el ritmo o a los profesores que habían perdido su empleo por no jurar todas las mañanas, en

una escuela pública, que creían en Dios. El partido todavía lo consideraba como un "intelectual". No está viviendo en una casa como la de Willie, pero tampoco vive en una casa de vecindad negra, como Natalie. Simplemente pertenece a la clase media y se siente un poco culpable de estar en esta situación privilegiada.

Pero la mayor defensa es un ataque, y fue inmediatamente al grano. Me preguntó lo que pensaba de los eurocomunistas. No me dio tiempo para contestar. Me dijo que Santiago Carrillo no era más que un social-demócrata y que Berlinguer era un aristócrata. Me dijo que los comunistas ingleses eran para él demasiado eurocomunistas. Los franceses, pensaba, no eran mucho mejores, y Georges Marchais era un "político de tercera", a pesar de que la reciente tendencia del partido francés de renovar sus lazos con Moscú era un "desarrollo positivo" que le tranquilizaba.

Le pregunté a Bernie a qué minoría defendía en aquel momento. Me dijo que estaba organizando la defensa de los palestinos que habían sido acusados de conspirar contra Israel y los Estados Unidos. Le pregunté cuál era su relación con los grupos judíos de Baltimore. Me dijo que su mujer, una sionista, le había abandonado. Ahora una de sus dos hijas estaba casada con un sionista, y la política era un tema prohibido cuando iba a su casa. Pero el marido de su otra hija, que estaba en el partido, sí era capaz de discusión inteligente acerca de los problemas que los Estados Unidos estaban afrontando ahora. Le pregunté si pensaba que ahora perseguían a los judíos en Rusia. Me dijo que había estado muchas veces en Rusia y que allí había hablado con judíos. No había conocido a ningún judío que le dijese que estaba perseguido...

Observé con estupefacción que la "línea del partido" era exactamente la misma que la última vez que yo había estado en Baltimore. Por primera vez, ahora, desde que aterricé en Nueva York, me sentía en casa...

■ THOMAS G. BUCHANAN.